

ENSAYO

OCTAVIO PAZ REVISITADO*

Martín Hopenhayn**

La ponencia que se transcribe a continuación se centra en el ensayo sobre poesía más importante escrito por Octavio Paz: *El arco y la lira*, que a su vez constituye una de las reflexiones contemporáneas más originales y comprensivas que se han formulado en tomo al fenómeno poético. A partir de su personal relación y experiencia con la poesía y con el ensayo, el autor de la ponencia reconstituye su propio descubrimiento de la obra del poeta y ensayista mexicano y, sobre esa base, intenta desentrañar algunas claves de la estética y de la cosmovisión de Paz. Por último propone, en función de la obra ensayística del reciente Premio Nobel de literatura, posibles bases del ensayo literario, entendido como producción estética y también como experimentación vital.

*Ponencia presentada en la Mesa Redonda de homenaje a Octavio Paz, realizada en la Feria Internacional del Libro de Santiago y auspiciada por la Cámara Chilena del Libro, el viernes 9 de noviembre de 1990.

**Poeta y ensayista. Realizó estudios de filosofía en Buenos Aires y en Santiago de Chile y de posgrado en París. Investigador de ILPES, CEPAL. Autor de numerosos artículos y ensayos en revistas especializadas. Entre sus más recientes publicaciones puede mencionarse "Utopías del Renacimiento. Moro, Campanella y Bacon", *Estudios Públicos* N° 39. Autor del libro *¿Por qué Kafka?* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1983).

Quisiera darle a mi intervención un carácter relativamente confesional y comunicar, en primer lugar, lo que más me marcó en la lectura de Octavio Paz. Mi experiencia se remonta sobre todo a mis veinte años, en tiempos en que yo ejercía la escritura desde la trinchera de la poesía, y sin la capacidad de pensar o escribir si no era a través de voces ajenas. Precisamente esta ansiedad por la falta de una voz propia me empujaba compulsivamente a justificar la existencia propia desde un solo eje, el de la poesía, como si en ella la vida y el oficio, o la pasión y el trabajo, pudieran conciliarse de una vez y para siempre.

De allí que mi lectura de *El arco y la lira* me cayó, a los 20 años, como anillo al dedo. Basta ver las primeras líneas del libro de Paz para imaginar hasta qué punto esa justificación vital venía dada con una inimitable fuerza: "La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono. Operación capaz de cambiar al mundo, la actividad poética es revolucionaria por naturaleza; ejercicio espiritual, es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro. Pan de los elegidos, alimento maldito. Aísla; une. Invitación al viaje; regreso a la tierra natal... Oración, letanía, epifanía, presencia. Exorcismo, conjuro, magia. Sublimación, compensación, condensación del inconsciente... Experiencia, sentimiento, emoción, intuición, pensamiento no-dirigido. Hija del azar; fruto del cálculo, etc."

Dado el tono de Paz en este ensayo en el cual cristaliza del modo más extremo su discurso sobre la poesía, yo podía entonces parear, sobre la base del discurso proclamado por una autoridad ya reconocida, términos que resultaban difíciles de conjugar y con los cuales gustaba de identificarme: cambiar el mundo y liberarse internamente; revelar y crear; ser elegido y maldito a la vez; individualizarse y fundirse al mismo tiempo; salir del lugar de origen y pertenecer a una tierra natal. En rigor, todo *El arco y la lira* es una suerte de cascada de antropología poética, una poética del ser que se funde con una poética del poema, donde el viaje por los clásicos antiguos y modernos, los románticos, lo neorrománticos, el Oriente y el surrealismo no es sino un desfile de referencias metafóricas de una misma poéticadialéctica del Ser, un cadencioso baile de máscaras que encarnan y transfiguran un mismo rostro, una celebración de la poesía como lugar en que todos los contrarios pueden fundirse casi sin roce: "Entre nacer y morir —nos dice Paz entusiasmado— la poesía nos abre una posibilidad, que no es la vida eterna de las religiones ni la muerte eterna de las filosofías, sino un vivir que implica y contiene al morir, un ser esto que es también un ser aquello".

Este ser-esto-que-es-también-un-ser-aquello, que Octavio Paz dio en llamar la "otredad", no es sólo lo que orienta su visión poética, sino

también su voz de ensayista. En ensayos de otros libros (pienso sobre todo, entre los que más recuerdo, algunos reunidos bajo el título *Los signos en rotación*, como aquél sobre las fiestas de Cuernavaca, y otros con muchos aromas de Delhi, mezclados con América y pasando por París) puede uno reencontrar, quizás de manera menos comprimida y extática esa cadencia que en *El arco y la lira*, más que cadencia —y uso aquí una expresión muy de Paz— es respiración. Lo cierto es que Octavio Paz había salido a buscar lo que ya está prefigurado en el acto mismo de la búsqueda: "La revelación poética no descubre algo externo, que estaba ahí, ajeno, sino que el acto de descubrir entraña la creación de lo que va a ser decubierto: nuestro propio ser".

Podríamos leer la totalidad de *El arco y la lira*, remontándonos a las disquisiciones sobre ritmo, lenguaje o revelación poética, como si se tratase de una larga secuela de ingenios del lenguaje, de juegos de palabras, de artificios que el idioma propone para revelar lo que más suele ocultar: su tremendo potencial para nombrar lo inefable. *El arco y la lira* es, y a esto quiero apuntar, no un ensayo sobre la poesía, sino un ensayo-poesía, una búsqueda poética de la poesía. Su erudición cosmopolita es una excusa, el inventario que se requiere para que la casa sea habitable. Pero lo que Paz busca —o lo que yo buscaba en esa eventual búsqueda de Paz— es romper la posible brecha entre estética —como reflexión sobre lo poético— y lo poético mismo. Su libro quiere ser poesía aconteciendo a través de su autorreflexión.

¿Y es posible, acaso, esta fusión entre lo poético y el discurso sobre lo poético? Claramente, no: hay allí una irreductible brecha, en la cual Paz se instala. No para saldarla, porque sabe de limitaciones objetivas, sino para hincar en ella el diente de la palabra, para ocupar esa tierra de nadie en la medida en que le permita la intensidad de su respiración. Y la suya dio para bastante.

Nada podría ser más alentador para quien, todavía a tientas en el oficio de escribir, cree encontrar un texto y un autor en el cual la historia y sentido del mundo pasan por la poesía. Nada más estimulante para una conciencia con prematura sed de síntesis que encontrar un relato en que todo confluye, casi sin exabruptos y en un *continuum* que se deja leer sin interrupción, y donde todo se integra en el tronco del milagro poético. De allí que no me asombra, al mirar hacia atrás quince años, ese entusiasmo que me llevó a escribirle a Paz una carta febril, entusiasta, casi cursi, de la que nunca obtuve respuesta.

Me preguntaba hoy, antes de retomar *El arco y la lira*, si podría volver al texto con la misma dosis de entusiasmo. Y voy a ser honesto: no,

no podría. Entreleo algunas páginas y mi sensación es ambigua: por un lado, parece un ensayo donde la erudición aniquila la discriminación, y todo lo que allí se afirma puede ser inmediatamente negado o invertido. Leído con el rigor de un analítico anglosajón podría pasar por un libro blando o autoindulgente. Todo se afirma, todo combina con todo, todo es secuencia de todo.

Pero este juicio desencantado es tan poco sutil como ese otro juicio sobre-encantado del comienzo. Es entre estas dos aguas, en algún lugar difícil de precisar, que tal vez cabe situar al Paz ensayista en su dimensión más justa: ni el grandioso discurso sobre lo poético que adquiere la dimensión de acto poético en sí, ni la gran síntesis universal de las cosas a través del tronco del poema, pero tampoco un barroquismo acrítico que se explaya en un vocabulario lujurioso y en una erudición exuberante. ¿Qué habría, pues, entre estos dos extremos?

En primer lugar una pregunta desde el relato de Paz por el ensayo como género literario. De allí podríamos saltar riendas a la reflexión: el ensayo en el doble sentido de la palabra, como género y como tentativa; o como un deliberado juego con el lenguaje para ver, sobre la marcha, cuánto jugo se le puede sacar al lenguaje; o como una concesión a la lógica onírica en que se experimenta con la fusión de términos heterogéneos; o el ensayo como una continua doble referencia: al objeto o tema, y al hecho mismo de estar ensayando un ensayo sobre dicho objeto o tema.

En segundo lugar, podemos leer en Paz a quien adopta un modo muy peculiar de ser cosmopolita desde México. Porque ¿qué mejor país en América Latina que México, verdadera Torre de Babel, para ser cosmopolita, precisamente porque en México mismo se funden las lenguas, las lógicas, los símbolos de todos los tiempos? El cosmopolitismo de Paz va más allá de Europa, teje un puente entre Delhi y Cuernavaca con escala en París, y sobre todo un París oblicuo: el de Rimbaud, el de Mallarmé o el de Bretón.

Podríamos conjeturar, a partir de Paz, que el ensayista ejerce permanentemente el oficio de cosmopolita: siempre tiene que elevar una reflexión local a una estatura donde el tema o su reflexión pueda adquirir algún grado de universalidad. Visto desde esta perspectiva es posible pensar a Paz casi como un paradigma del ensayista. No sólo porque en un mismo texto continuo puede intercalar referencias del simbolismo francés, la cosmología helénica, la tradición budista o la necrofilia mexicana —es decir, por su capacidad para hacer del cosmopolitismo un "hilo conductor" que atraviesa las culturas sin romperse—. También porque el "lenguaje mismo" con que ensaya puede ser en sí mismo objeto para el lector, al punto que incluso a veces hace olvidar aquello sobre lo cual habla.

En tercer lugar (y aquí me parece que el proyecto literario-vital de Paz podría tener su filiación más directa en George Bataille), el ensayo aparece como el hilo que hace transitable un camino entre umbrales de intensidad vital: la poesía, la fiesta, la trascendencia, la otredad, el mito, la pasión, el ritmo, el instante, la inspiración, lo dionisiaco, el desborde, el exceso. Como en Bataille, el texto de Paz hace transitable el camino entre estos umbrales extáticos: lo reinventa, lo recorre y lo señala, porque su texto es, recurriendo al mismo juego de Paz, un mostrar qué hacer y un hacerlo mismo. No al estilo de Bataille, sino de Paz. Con un lenguaje tremendamente castellano, mexicano, que no viene dado por la curiosidad de un turista que se instala en la tierra-otra, sino de un mestizo que no tiene más que preguntarse cosmopolitamente por sí mismo para desenvolver su discurso. □